

Olga C. Estrada Mora

La estética y lo siniestro II

Summary: *The basic problem we deal with is the sinister's origin, its undesirable presence, the anguishing experience it provokes, its negative force, which is experienced with a great sense of impotence by human beings. The sinister is understood as a limiting, anguishing, terrific, instantaneous, inexplicable, and negative experience.*

The sinister is described and explained, in a critic and exemplifying way, starting from its origins, and continuing with its permanence in history. This permanence is due to the fact that human beings are always confronted with their reality. This last approach enables us to understand the sinister as a universal experience.

Resumen: *El problema básico son los orígenes de lo siniestro, su presencia no deseada, la experiencia angustiante que provoca, su fuerza negativa, experimentada por el ser humano con gran impotencia. Entendiendo lo siniestro como una experiencia límite, angustiante, atemoradora, instantánea, inexplicable y negativa.*

Se describe y explica, de manera crítica y ejemplificada, lo siniestro tanto a partir de sus orígenes como de sus características actuales; su permanencia histórica, debida a la condición del ser humano enfrentado a la realidad; esto último permite pensar que lo siniestro es una experiencia universal.

Eterna transformación, cadena interminable, interacción constante de fenómenos y personas. Fuerzas que prevalecen, fuerzas que mueren. Consideraciones sobre lo que hubo, hay y habrá. Eternizar lo que no se puede, imposible. La fuerza de la sensibilidad y del intelecto se encausa, no se encasilla.

En nuestro diario vivir, todo transcurre rápidamente, nos detenemos un instante preciso, cuando algo nos provoca una atención inusitada, brotan sus características inagotables, su particularidad, se redescubre lo conocido o se descubre lo desconocido, creando nuevas expectativas, nuevos "lazos"; el algo se descubre en sí mismo, sin otros objetivos. Hay una presencia vital, a veces escondida, pasiva, en la vida cotidiana, la ciencia, la filosofía, la religión, la industria; a veces activa, en el arte, la moda.

Enfrentamos el mundo con una concepción determinada, formada por un conjunto de opciones diferentes.

Cambiar la realidad o mantener "la felicidad", las necesidades mandan y percibimos muchas cosas conforme con ellas. Acercarse a la realidad para conocerla o reconocerla, impregnada de hechos o de fe, desde diferentes puntos (religión, ética), que a veces convergen, se excluyen, se transforman.

El concepto y el fenómeno de lo siniestro es general; su definición es vaga; no es posible delimitar a una expresión conceptual un fenómeno profundamente humano, una posibilidad permanente a la que no se le puede negar existencia real y, a veces, fantástica (entendida como estado engañoso). Es una experiencia (conciencia y sensación), cuyo conocimiento y ocultamiento son simultáneos, al punto que su riqueza de contenido radica más en lo oculto, incomprendido, que en lo descriptible del fenómeno. Al profundizar en el tema, se ahonda no sólo en estética, también en ética, en religión, en antropología, en el vivir cotidiano del ser humano.

Entonces, en cuanto que es una experiencia humana en cuyo fondo no hay "luz" racional que lo ilumine, lo siniestro sólo se puede plantear un

acercamiento explicativo sobre sus manifestaciones, representaciones culturales y consecuencias sufridas ante su presencia, real o aparente. Esto inclina a pensar en el tema como una serie de posibilidades, de experiencias nefastas, negativas, que, como posibilidades humanas, no son definibles de manera acabada y absoluta. Tampoco se puede poner límites a estas posibilidades reveladoras de lo siniestro; es la experiencia misma la fuente de su conocimiento. Solamente, reagrupando o reacomodando los contenidos de la experiencia siniestra, de sus posibilidades de manifestarse, se podría señalar sus particularidades.

Escapa a mi interés formular una definición universal (acabada) sobre el tema; me propongo mostrar el fenómeno de lo siniestro, partiendo de sus fuentes primarias, la experiencia.

Lo siniestro raramente ha sido tema central de estudio, tal vez porque el ser humano busca alejarse de este fenómeno, aunque nadie esté inmunizado. Sólo plantearlo como objeto de conocimiento implica tener un contacto con su presencia, que en algún momento revela su tormentoso contenido, al cual no escapamos.

Sigmund Freud hizo un análisis del tema de lo siniestro, en su ensayo *Lo siniestro*.

En primera instancia, Freud hace coincidir lo siniestro "con lo angustiante en general". Opta por dos caminos: el estudio etimológico del término alemán, y por otra parte, agrupa vivencias, impresiones y situaciones que, según su criterio, producen el sentimiento de lo siniestro.

Lo define como

"aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás"¹.

Sin embargo, esta definición resulta incompleta; no sólo las cosas son afectadas, también el ser humano; además de lo conocido y familiar que tiene la capacidad de producir ese sentimiento, también algo nuevo es capaz de causarlo, exactamente por su novedad. Es preciso aclarar que los términos "familiar" y "conocido", comprenden la costumbre, lo cotidiano, que a veces nos engaña, porque no nos hace suponer algo novedoso, ni siquiera reconocer una verdad que no sea la que solemos creer.

Para Freud, lo angustioso (siniestro) es algo reprimido que retorna, pero no todo lo referente a deseos reprimidos y formas de pensamiento prehistóricas es siniestro. Si se aceptara que la teoría psicoanalítica tiene razón al afirmar que

todo efecto de un impulso emocional, cualquiera que sea su naturaleza, es convertido por la represión en angustia, entonces lo siniestro no sería novedoso, sino algo que se volvió extraño por el "proceso de represión".

Freud, sobre la causa de lo siniestro, argumenta que...

"... todo efecto de un impulso emocional, cualquiera que sea su naturaleza, es convertido por la represión en angustia, entonces es preciso que entre las formas de lo angustioso exista un grupo en el cual se pueda reconocer que esto, lo angustioso, es algo reprimido que retorna. Esta forma de la angustia sería precisamente lo siniestro,..."².

No es difícil suponer que el ignorar la novedad de lo siniestro, por parte de Freud, se deba a que, como cualquier autor, busca comprobar su teoría y guía el tema de manera que llegue a las conclusiones que le convienen. La experiencia de lo siniestro no se da únicamente por represión; hay otros factores; él mismo lo afirma:

"... no es siniestro todo lo que alude a deseos reprimidos, y a formas de pensamiento superadas y pertenecientes a la historia individual y colectiva"³.

La magia, el encantamiento, la omnipotencia del pensamiento, las actitudes frente a la muerte, el animismo, las repeticiones no intencionales y el complejo de castración, son los temas que Freud utiliza como básicos para producir lo siniestro. Hay un factor que destaca, y es cuando los límites entre fantasía y realidad desaparecen. Sin embargo, le quita méritos a la ficción, la limita a simple irrealdad, no la vincula a su fuente, la vida cotidiana:

"... mucho de lo que sería siniestro en la vida real no lo es en la poesía, además, la ficción dispone de muchos medios para provocar efectos siniestros que no existen en la vida real"⁴.

Si bien es cierto que la fantasía se puede exacerbar por medios ficticios, en el momento que se vive es equivalente a la realidad; de manera que puede ser una suposición falsa pretender que ficción y vida real no provoquen un efecto siniestro.

El estado de ánimo predispone a la experiencia siniestra; puede incluso ser provocado, inducido, o bien, se puede aislar del contexto, al punto de llegar a ver y sentir algo siniestro donde no lo hay. La experiencia es lo que confiere a una cosa o a un hecho ser lo que es. Ficticio o no, la

experiencia siniestra se impone como tal, e igualmente se sufre con ella. Precisamente, una pesadilla es interrumpida por el propio organismo que la padece, en el momento en que ésta se vuelve insoportable; si este mecanismo de autodefensa orgánica no funcionara, podríamos no despertar, morir realmente durante el sueño en que morimos ficticiamente.

Lo siniestro está dirigido a otros, en ocasiones intencionalmente; observar una escena de terror puede resultar hasta deseable, siempre y cuando no se genere en la vida propia; así también, una fantasía o temor, en la medida en que son sentidos como realidad, resultan siniestros.

Es subjetivo, según los caracteres personales: los seres humanos temen y soportan unas cosas mejor que otras; pero a su vez es general, todos le tememos a algo y todos hemos vivido la presencia siniestra que provoca un estado de angustia terrible. Cada persona lo vive y sobrevive a su manera, pero no depende del ser humano que lo vive, es un hecho que cualquiera experimenta; uno es dominado, basta con que aparezca, no hay enfrentamiento. Es antiguo y, a la vez, constantemente se actualiza. Antes era la tormenta, ahora otras cosas (guerra nuclear, o química). En su perennidad radica su universalidad, un solo ejemplo puede bastar: la muerte. Es dado y concreto, y aun siendo fantasía, se siente así. Es una realidad aplastante, avasalladora.

Lo siniestro se da en ciertas situaciones y circunstancias. Evidentemente es fruto de situaciones determinadas. Hechos que lo recuerdan o provocan su vivencia, de manera implícita, o abstracta. Captamos su sentido, e inmediatamente choca con la sensibilidad, con lo establecido en lo cotidiano.

La circunstancia es patente, claramente reconocible y evidente, pero a su vez complicada; causa sensaciones de temor, aversión y displacer profundos. Se nos presenta como una posibilidad latente, tendencia que se expande sin control y nos rebasa; penetra y supera cualquier resistencia. No es posible medir el límite de la intensidad a que puede llegar en el momento en que se experimenta. Es una situación límite, aísla, descontrola, suspende todo en su terror. Se da una saturación espacial y temporal, se desenfrena una energía negativa, con una densidad máxima. Amenaza, hace tambalear el tiempo y el espacio. Cuando se vive, el tiempo se eterniza y el espacio se cierra, no hay huida posible. Es un momento, hasta un

instante, que satura los sentidos, aniquilando la reflexión.

La víctima, pasiva, está indefensa, por el inesperado "encuentro". Aparece el miedo (variación del estado de ánimo, que produce angustia). La relación normal con el mundo se hace problemática, se trastornan todos los niveles del entendimiento, no hay teorías que valgan para enfrentarlo, involucra la totalidad de aspectos del ser humano, de una sola vez todo lo humano queda afectado, y la única respuesta es una reacción desesperada por sobrevivir, producto de un impulso instintivo. Luego, una vez a salvo, puede intentarse reflexionar, racionalizar la situación vivida, pero esto no es posible en el momento en que ésta es experimentada.

Hay acontecimientos que el ser humano es incapaz de cambiar, ni siquiera los puede modificar. Lo siniestro como hecho, presencia, inmediatez, no se puede modificar.

Se vive un trauma colectivo, sufriendo la imposibilidad de variar lo insólito y espantoso; el ser humano no puede superar la muerte, enfermedades, fenómenos naturales incontrolables, situaciones que revelan su impotencia hacia la naturaleza en la que está insertado.

Lo siniestro puede ser provocado por condiciones naturales, no humanas, con características y situaciones definidas. La naturaleza tiene su cuota de peligro, de atentar sin premeditación contra el ser humano. En el momento en que el ser humano se sabe diferente de su entorno, su sensibilidad se ve afectada por circunstancias diversas, se complace en lo que le llena sus necesidades y expectativas, se indispone de lo contrario, se aterroriza de lo que atente contra su ser. Todas estas sensaciones y emociones se revelan ante la presencia de fuerzas, poderes de la naturaleza. Lo siniestro, en este caso, es la fuerza o poder que, de por sí inmensamente superior al del ser humano, lo ataca, lo aplasta, sórdidamente, sin importar lo que éste piense o quiera.

En gran parte, la historia de la humanidad es la historia de cómo trata de controlar su ambiente, resguardarse de las tormentas, subsistir a temperaturas muy altas o muy bajas, obtener alimento y hacerlo cada vez más conveniente a sus deseos, hacer que llueva en la sequía y que se detenga la lluvia en la inundación; y hasta buscar los mecanismos de la vida para poderla modificar (es suficiente con recordar los alcances de la ingeniería genética: los clones, la alteración de las

cargas genéticas de la herencia sobre plantas, animales y seres humanos). Todo esto dirigido a la obtención de un poder mayor, que se asemeje, al menos, al de la naturaleza. Pero la gran desilusión es ver que pese al avance de la ciencia y la cultura en general, la naturaleza sigue siendo tan aterradora como para el hombre primitivo. No hay nada que pueda prever un terremoto, ni nada que controle su devastación. Incluso el fuego, la energía calorífica, tan empleado cotidianamente, en cualquier momento consume lo que sea.

Aunque el ser humano es consciente de que su subsistencia depende de la naturaleza, se "venga" contra ella, la "mata" en su afán de dominarla; la contaminación del aire, las aguas, la destrucción de la capa de ozono, el exterminio de especies animales, de los bosques. Siendo parte de esta naturaleza, inevitablemente al destruirla se autoaniquila, al no poder resistir su poder, trata de hacerla sucumbir, aunque esto también significa su desastre.

En su afán de alcanzar la fuerza de la naturaleza que lo aplasta, al menos trata de parecerse-lo a sus semejantes. Ante el horror del volcán a punto de hacer erupción, el brujo de la tribu se considera el único mediador entre el victimador volcán y sus víctimas humanas. Para controlar a los otros, el que lleva el emblema del águila, el sol, el colmillo del elefante, la piel del leopardo, el emblema de la serpiente, entre otros; el ser humano se atribuye, busca identificarse con el poder siniestro de la naturaleza.

Por esto lo siniestro también es un producto humano. Es él el culpable, el que posibilita y estimula, con más o menos conciencia, los males, hasta busca cómo causarlos y se complace disfrutando el dolor ajeno. *Se elige como siniestro*. Nada más aterrador que un ser humano siniestro para un ser humano, porque es un ser familiar que se vuelve extraño; como la naturaleza, distinta, extraña, desconocida y aplastante.

Será posible que todos los principios se deriven de la misma constitución del ser humano, justificando de esa forma las imposiciones, la fuerza, el maltrato, la deshumanización.

La otra fuente de lo siniestro es el odio del ser humano, sus deficiencias, su pérdida de sensibilidad, la envidia hacia sus semejantes, sus críticas, sin realizar en la práctica algo favorable para los demás. Aun aquel que mantiene una actitud pasiva, no agrade, pero no hace nada por mejorar su entorno, resulta cómplice de su destrucción,

del daño que otros realicen, y que simplemente contempla, impávido, distante, aislado, alienado, siniestro.

Lo siniestro tiene su valor intrínseco, es significativo, forma parte de los problemas, deficiencias, frustraciones y neurosis sociales. Por ejemplo, la falta de aceptación propia del ser humano, problema que lo desubica con respecto de su entorno; la carencia de identidad generalizada, falta de autenticidad, de reconocerse a sí mismo, sin metas ni horizontes elegibles, todo da igual. Estos problemas se traducen en infelicidad y endurecimiento de la sensibilidad, que permanece impávida ante la pobreza, la miseria, la marginación social, y toda la violencia que estas condiciones humanas tan lamentables generan.

Ante esta cruda realidad aparece como alternativa un secreto, una huida de los problemas, evadirlos sin enfrentarlos, sin resistirlos. Esta huida vuelve fantástica la experiencia siniestra, se hace creer que es un juego, que como dicen los niños, es "de mentirillas". Para jugar se necesita habilidad, astucia, conocimiento de lo que se hace, aunque el resultado siempre es incierto; y lo incierto es, en ocasiones, siniestro. Esta huida no nos libra de lo siniestro, sólo lo disfraza; nos lo perfila como ajeno, de manera que si se llega a poner en práctica (actuado o sufrido por el ser humano), a contemplar, o tan siquiera a pensar, sea sin responsabilidad, como problema de otro, pero lejos de ser propio.

Buscar inmunizarse ante la realidad, con todo y sus problemas, conduce a un aislamiento de ella. Se cree ser feliz siguiendo la conducta usual, el modelo imperante de cómo ser feliz, y produce horror el sólo pensar que esta situación no es más que un autoengaño; la verdad produce vértigo, miedo a ser descubierto, ya no en su apariencia (su máscara), sino en su verdad (desmascaramiento). Al subir el "telón" (caída de la máscara), hallamos temores profundos, situaciones traumáticas, inseguridad física y psíquica, convulsión a nuestro alrededor. Sólo hay dos caminos por seguir: superar la máscara o sucumbir con ella (desde la muerte de los ideales hasta la de la propia vida).

Una huida característica es el trato social que se le brinda al arte. La limitación de lo estético al arte, y del arte a lo bello (como se había señalado anteriormente), es consecuencia de esa actitud evasiva hacia lo siniestro. Se trata de maquillar la realidad, solamente soportable bajo

su "cara bonita"; algunos desearían volver todo lo real en arte (en sentido limitado), porque la realidad la eluden, mientras que el arte los "satisface", con él toman distancia.

Si se está a "salvo", importa poco o nada lo que a otro le suceda; en esta distancia es tolerable, y hasta puede ser deseable, una situación nefasta para otro, simplemente hay que desligar los nervios, la sensibilidad, evitar que pueda ser afectada ante estas situaciones. Fácilmente hay retiro, aislamiento de lo que suceda. Es fácil sostener esta actitud bajo el principio de que no es a mí a quien le suceden cosas malas, siniestras; sólo en la medida en que alguien se puede sentir propenso a una situación nefasta, es posible que tome mayor interés en alejarse o no propiciar escenas dolorosas, terriblemente aterradoras, insólitas, de la vida.

Se puede observar con todo detalle la crueldad sobre otros, siempre y cuando haya un margen para poder escapar sin verse afectado física o emocionalmente. Con más ahinco, se busca evitar que la conciencia empiece a trabajar, y asuma algún grado de responsabilidad o de culpa; consecuentemente, ante el horror de reconocerla, se opta por lo ilusorio; frente al arte se reprime lo real, entonces ya no hay miedo, pobreza, injusticia, desgracia; aun cuando el artista denuncie exactamente eso. Sólo se encuentra color, armonía y belleza, queriendo olvidar que en la vida no todo es bello; y en el arte tampoco hay excepción.

La expresión artística puede ser excelente en calidad, bella en su forma, con mensaje profundo, y con fondo siniestro. Usualmente se rehuye el reconocimiento de este último aspecto, a reconocernos como propensos, artífices o padecientes de lo siniestro. Se lucha por olvidarlo, si se enfrenta, si se siente, nos reta a *sobrevivirlo*, soportar su aparición. No lo podemos evitar, su causa se ignora, ni siquiera hay un segundo de reflexión ante su presencia, ni vale cordura alguna, simplemente se desata una desenfrenada reacción instintiva que impulsa a mantener la vida como sea.

Lo siniestro provoca angustia, inquietud, ansiedad, repulsión, imposibilidad, miedo, emociones negativas. Nuestra única alternativa es sobrevivir, no hay tiempo para más, es una lucha instantánea que se hace eterna. Una situación desesperada, donde se impone lo vital y lo físico, de una manera absoluta, ineludible. La amenaza es inesperada, indeterminada. Hay una energía

potencial, asfixiante, que en su momento estalla, ante lo que el ser humano se ve impotente, no puede hacer nada; es una víctima.

Se prolonga en espacio y tiempo; por su gran capacidad de apariencia y su esconderse antes del momento esperado, la naturaleza lo presagia en un cielo oscuro, en un eclipse lunar o solar, en un silencio selvático o en un estruendo repentino. Provoca una fascinación aterradora, me niega, me objetiviza, me saca del contexto habitual; incide negativamente en el ánimo, satura las actitudes, los deseos, una negatividad creciente, angustiante, deprimente, violenta; es como una fuerza desagradable que se apodera de uno, surgiendo poco a poco como malestar, o estrellándose como tragedia o drama real.

En ocasiones se concibe como provocado por maldad, destino. No se busca o no se le puede buscar solución, se le huye con "trucos mágicos".

Los mitos, las leyendas (creencias), ritos, costumbres, manifestaciones populares, crean temores colectivos muy definidos, con caracteres siniestros predominantes.

Los malos auspicios, un gato negro que se cruza, un ave negra que vuela bajo, un búho en la noche, o hasta un gallo cantando en la noche, todos presagian males, dolores y calamidades; son indicios de un mal que ronda. En el mundo helénico y romano, se atrapaban las lechuzas y, aún vivas, se les clavaba en las puertas de las casas, con el fin de alejar el mal de ojo.

También se habla de daños, males inducidos por energías negativas, que hacen sufrir y hasta perecer a sus víctimas. Estas energías negativas actúan mediante brujería, vudús, encantamientos, maleficios, mal de ojo.

La envidia, el mal de ojo, ataca por la espalda, por lo que se previene, con mayor o menor conciencia, con el uso de escapularios y amuletos. El mal de ojo dirigido a las plantas hace que estas se sequen, por lo que popularmente se les entiera una astilla de vidrio que supuestamente reflejará la maldad y la librárá de sus nefastas consecuencias. Pero también, esta proyección de la maldad es capaz de daños más graves: pérdida de la vida, incapacidad de alguna parte corporal, enfermedad, ruina.

Todas estas formas negativas de exacerbación se agrupan y sistematizan en diversas sectas y doctrinas. La magia negra es la que se orienta a hacer daño, por cualquier motivo, o como un servicio que se vende sin ningún escrúpulo. Casi

todas las culturas contienen un personaje que se encarga de hacer daño, con poderes especiales, más que humanos. Se les llama brujos, magos, médicos brujos, hechiceros, gran sacerdote (como el gran iniciado o más alto exponente de su culto, no en sentido cristiano).

El vudú opera con la representación de la víctima por medio de una figurilla hechizada, pero a la que se le adjuntó algo íntimo (prendas de ropa, accesorios, pelo, uñas) de aquella. Se invoca a un muerto viviente, el zombi.

El "arte mágica" de los tiempos helénicos procede de manera similar

"... aun los muertos no están seguros en sus sepulcros; porque de allí sacan y buscan ciertas partes de sus cuerpos y cortaduras de uñas para hacer mal a los vivos; y que las viejas hechiceras, en el momento en que alguno muere, en tanto que le aparejan las exequias, con gran celeridad previenen su sepultura para tomar alguna cosa de su cuerpo"⁵.

Las repeticiones de ciertos aspectos o padecimientos de los antepasados, los temores atávicos que rondan, que transmiten una maldición familiar, constituyen una experiencia siniestra.

La pérdida de la vida, es tal vez el máximo terror humano. La expectativa ante la muerte en alguna medida motiva a buscar un sentido de la vida al cual adherirse con todas sus fuerzas. Genera también la búsqueda de un elixir de la inmortalidad, de la vida eterna. El temor ante la muerte es universal, lo encontramos prácticamente en todas las culturas, toda creencia religiosa; desarrollos científicos, ideas filosóficas, tratan de aportar algún sentido ante la muerte.

Tanto peor si la muerte se produce por causa de otro, la amenaza aterradora se siente con mayor intensidad, no se sabe en qué momento, de qué manera, por qué motivo alguien, un semejante, nos asesina. Los crímenes, las muertes violentas, agudizan el terror, nos la presentan más dolorosa y angustiante, y despiertan la sed de venganza, generan más negatividad y destrucción, se "ajusticia" al criminal.

La coincidencia con un número sobre todo nefasto o asociado a la mala suerte como el trece, genera una experiencia siniestra. Es de mala suerte tomar un asiento con este número, salir en un día trece o tener que realizar alguna diligencia importante en este día. El origen de desgracia pareciera provenir de la antigua Asiria y de los tiempos bíblicos. Los astrólogos asirios dividían el cielo en 12 secciones, que aún hoy llamamos

signos zodiacales, por lo que el trece representaba el fin, lo desconocido, el más allá, después del doce; si había algo, era incierto.

Si además el día trece resulta ser un viernes, ésta es la peor de las suertes. Debe inquietar el hecho de que cada año hay al menos un viernes trece, y nunca más de tres. La fobia que desencadena esta aparente coincidencia hace que las personas no salgan de su casa en tal fecha. También popularmente se dice que martes y viernes son los mejores días para echar brujerías y que éstas sean más efectivas. Durante el siglo pasado, en los países de tradición sajona, las ejecuciones de condenados a muerte se realizaban los viernes. El Viernes Santo de la tradición cristiana es el día de mayor duelo, la muerte de Cristo, llena de dolor, violencia, encarnizada crueldad contra el Inocente.

Al mirarse de pronto en un espejo, o verse reflejado de alguna manera de improviso en cualquier vitrina, se experimenta, al menos por un mínimo instante, una sensación de que el reflejado es otra persona; luego, pasado el impacto, pensamos que eso distinto allí reflejado, somos nosotros, nos autorreconocemos, nos volvemos al reflejo con conocimiento de quién es ese otro que nos mira. Entretanto, lo que nos impacta, en ese mínimo instante, es una experiencia desconcertante, siniestra, ante el horror de perder nuestra autoconciencia de individuo único e irrepetible. El espejo, nuestro doble; la sombra, nuestro doble deforme, sin rostro, anónimo: constituyen experiencias siniestras porque algo habitual se desfigura, se sufre un distanciamiento, indiferencia y enajenación de uno mismo al contemplar a ese otro retorcido oscuro que es la sombra, y a ese otro, más o menos opaco, parecido a mí, pero no yo, que aparece como mi doble sobre un cristal frío e inerte. El terror que despiertan estas experiencias es la "pérdida del yo", al contemplar cómo toda una serie de características o aspectos que me particularizan como el ser que soy, se me escapan, se vuelven ajenas a mí, dejan de ser mías; de ellas participan mis "reflejos" sin vida.

"... con el tema del "doble" o del "otro yo", en todas sus variaciones y desarrollos, es decir: con la aparición de personas que por causa de su figura igual deben ser consideradas idénticas; con el acrecentamiento de esta relación mediante la transmisión de los procesos anímicos de una persona a su doble -que nosotros llamaremos telepatía-; de modo que uno participa en lo que otro sabe, piensa y experimenta; con la identificación de una persona con otro, de suerte que pierda el dominio sobre su propio yo y coloca el yo ajeno en lugar del propio, o sea: desdoblamiento del yo, partición del yo, sustitución del yo;

finalmente con el constante retorno de lo semejante, con la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, actos criminales, aun de los mismos nombres en varias generaciones sucesivas"⁶.

La risa hueca, burlona, sarcástica, revela un disfrute de la maldad, una mofa de los principios positivos de convivencia humana. La risa ante la tragedia, alguien se cae y provoca risa su desgracia. El payaso, objeto habitual de risa, es la triste figura de un vagabundo miserable, desarraigado, viejo, calvo, feo, pobre, sucio, descuidado y con una gran sonrisa.

Las profecías, aterradoras visiones del futuro, en su mayoría anuncian castigo, desgracia, sobre todo para los irreverentes de un culto u otro. Anuncian maldiciones, plagas, hambres, guerras, destrucción, sequías, el mal en cualquiera de sus formas, que al ser conocidas por el ser humano lo aturden, lo invitan a arrepentirse y purificarse para recibir las. Los días de oscuridad, el fin de los tiempos, la hecatombe nuclear, el efecto invernadero. Las profecías mesiánicas, como las del Antiguo Testamento judaico, que anuncian la venida de un redentor que castigará a los opresores, vengará a los oprimidos, y este es requisito indispensable para considerársele "el enviado".

La noche, lo oscuro, lo misterioso y desconocido, medio latente, potencial del mal, de lo incontrolable, de lo que acecha, de lo siniestro. Lo misterioso, las fuerzas ocultas, la falta de luz, de conocimiento, la imposibilidad de ver lo que hay, lo que se presenta. Todo esto genera confusión, angustia, caos del espíritu que busca razones donde no las parece haber. En la oscuridad las cosas parecen ser de una u otra forma a la vez, no son identificables, son como apariencias, fantasmas que se presentan sin lógica que los explique. Imágenes que aparecen y desaparecen, sensación de acecho constante, de ser observado, vigilado por algo confuso, borroso, fantasmagórico, muertos que deambulan.

La noche y la oscuridad también están presentes en la psique humana: la pérdida de identidad, el desdoblamiento de la personalidad, enfermedades como la esquizofrenia, estados psicóticos, pérdida de la noción de las cosas y de sí mismo, angustia generalizada ante la pérdida de las facultades humanas, por senilidad o por enfermedad. La pérdida de los ojos significa vivir entre tinieblas, en lo desconocido; y hasta lo conocido, bajo el aspecto de la ceguera, se

vuelve desconocido. Situaciones que alienan paulatinamente al que la padece, como si lo tragara lo siniestro, sin voluntad que pueda enfrentarlo, sin posibilidad de repelerlo de algún modo, porque ataca precisamente la sensibilidad, la manera de darnos cuenta de la experiencia siniestra.

Otros tantos temores, especialmente nocturnos, que manifiestan lo siniestro son los muertos que no mueren, las almas en pena, zombis, apariciones, posesiones. Drácula revela al muerto que no muere, es el mismo diablo, "príncipe de las tinieblas" que se alimenta del líquido vital.

Las almas en pena, por las que se reza para su descanso eterno, manifiestan el horror de morir sin ser digno de una vida eterna de bien, por las maldades o por actitudes egoístas de indiferencia. Nadie está a salvo, nadie sabe cómo sopesar la vida que ha llevado y adónde podrá ir a dar cuando muera. Es tormentoso para el moribundo saber qué le acontecerá, y tormentoso para los parientes del difunto no saber qué suerte ha corrido el que se ha marchado de la vida terrena. Por esto, los rezos, misas, hasta el luto que se guarda por el difunto, quieren ser ayuda para que su alma no tenga que vagar por allí.

Se asusta a la gente, se le manipula con la creencia de que su alma puede vagar sin descanso clamando piedad, y también es terrorífica la creencia de que un alma penitente se apodera de un vivo, controlando y exterminándole su propia personalidad, un poseído. Las apariciones, transformaciones de la personalidad por una posesión, o cualquier otra causa, todas son formas de aniquilamiento de lo humano, o por lo menos de su autoconciencia.

Otra forma de pesadilla, o más bien, situación siniestra, es que de pronto algunos "malos pensamientos", disgustos hacia los demás, se volvieran realidad, deseos negativos que se cumplen. Que pasaría si desearamos, llevados por un estado de ánimo, que alguna persona muriera, y de pronto ocurre; que mataran a alguien que nos ha disgustado profundamente, y de repente sucede. Al menos, sentiríamos una cierta duda de responsabilidad por estos hechos, un asomo de incógnita ante por qué causas sucedieron; en alguna medida provocaría una dosis de angustia, de temor.

El retorno involuntario, el componente siniestro del laberinto, el estar perdido, extraviado en un lugar caminando en círculos, volviendo al lugar de partida, anula el esfuerzo por superar el extravío, tanto físico como mental. También está

el eterno retorno, la concepción cíclica de la historia, todo llega a su fin y, a la vez, allí comienza la conflagración universal que todo lo consume y de donde todo renace. Mientras tanto, en el transcurrir de estos dos momentos se repiten los hechos, se repite la historia, con diferente nombre, diferentes lugares, pero a fin de cuentas, repeticiones; aterra pensar que no hay salida, todo lo sucedido, bueno o malo, debe seguir sucediendo.

Otra situación aterradora es cuando el cuerpo no responde a nuestros mandatos, parálisis, ceguera, sordera, descontrol de funciones orgánicas, o bien si tuviéramos que ser mutilados, o por causa de un accidente o ataque violento, no tan accidental, de parte de otro ser (humano o animal). Todas estas mutilaciones nos descompletan, nos limitan aún más de lo que ya como seres humanos estábamos. Miembros que actúen por su cuenta, o tengan vida una vez desconectados del resto, una mano que nos pretenda estrangular, una cabeza sobre un platón que gira, persiguiendo con su mirada. Todas estas son formas del muerto que no muere y que tampoco tiene vida como la nuestra, ya sea que se nos presente como un vivo, aunque no lo sea, o como pedazos de su ser que vagan por ahí.

Los dioses castigadores, el "dios de los ejércitos", el dios Marte, Odín, cualquier dios guerrero, es también el emir de lo siniestro, conduce, guía hacia la destrucción. Algo así sucede con los demonios, sólo que estos son los guías del adversario que nos ataca, mientras que los dioses son los que nos acompañan. Pero pese a todo, estamos sujetos a la voluntad de algo superior, lo divino, que debe controlar todas las cosas, en lo cual se espera y a su vez se teme, consecuencia clara de la ambivalencia de lo siniestro. El diablo es el ente maligno por excelencia, uno o varios, se trata de la encarnación del mal en cualquiera de sus formas; por eso existen tantas representaciones suyas, asociadas a una u otra desgracia.

Los abismos, físicos como las profundidades marinas que desajustan los instrumentos de navegación marina y aérea, o mentales, como drogas, embriaguez, estados alterados, sin control, nos hacen sufrir desvaríos incontrolables de la personalidad, de nuestra sensibilidad y autodomínio.

Algunas doctrinas animistas sienten en todas las cosas fuerzas, demonios o espíritus que habitan en ellas, genios tutelares, que cuidan a unos y se encargan de llevarles el mal a otros.

La tecnología se vuelve siniestra al crear cosas que nos pueden y están destruyendo (guerras atómicas, radiaciones, contaminación ambiental, erosión de la tierras, por citar algunas).

"El peligro se produce cuando los instrumentos técnicos se escinden del ego humano, o sea, cuando la técnica se torna autosuficiente o se adueña del hombre en lugar de dejarse adueñar por él".

Esta tragedia se origina en la falta de una visión o finalidad integrada y acorde con lo humano, que hace perder a la tecnología su carácter de instrumento del ser humano, y más bien, es éste el que queda subordinado a ella.

Se da una técnica por la técnica, una tecnología por la tecnología, un arte por el arte, sin intencionalidad orientada a una valoración superior del quehacer humano, lo que le hace perder el sentido de las cosas, el sentido profundo que las cosas, de las obras, de lo que simbolizan; y entonces éstas se vuelven meros fetiches; pierden su intencionalidad y provocan la objetivación de su creador (lo transforman en objeto hacedor, máquina); dejan de ser las vías de la realización de lo humano.

Como consecuencia de esta degradación de sentido, se mitifica el arte, la ciencia, la técnica, la tecnología, la cultura, la filosofía, o lo que en determinado momento simbolice la pauta general. Se alejan cada vez más los productos, la producción humana de lo humano, se deshumaniza el saber, el arte, se vuelve algo "autónomo y abstracto cuya clave se nos escapa".

Lo siniestro es insólito, ilógico, sin explicación en su momento, violador de las costumbres. La única respuesta es emocional, por ser presencia anormal, inusual; logra inquietarnos, asustarnos, confundirnos, apoderarse de ... cualquier cosa.

Notas

1. S. Freud. "Lo siniestro". En: *Obras Completas*. Tomo III. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973. p. 2484.
2. *Ibid.* p. 2498.
3. *Ibid.* p. 2500.
4. *Ibid.* p. 2503.
5. L. Apuleyo. *El asno de oro*. Barcelona, Obras Maestras, 1984. p.40.
6. S. Freud. *op. cit.* p. 2493.
7. G. Dorflès. *Nuevos mitos, nuevos ritos*. Barcelona, Ed. Lumen, 1973. p.34.
8. *Ibid.*

Bibliografía

- Adorno, T. *Teoría estética*. Barcelona, Orbis, 1983.
- Apuleyo, L. *El asno de oro*. Barcelona, Obras Maestras, 1984.
- Aristóteles. *El arte poética*. Méjico, Espasa-Calpe, 1981.
- Berleant, Arnold. "Cultivating an urban aesthetic". En: *Diogenes*.(136): 1-18, 1986.
- Braunstein, Nestor. *A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud*. Méjico, Ed. Siglo XXI, 1983.
- Del Conde, Teresa. *Las ideas estéticas de Freud*. Méjico, Enlace-Grijalbo, 1985.
- Dorfles, Gillo. *El intervalo perdido*. Barcelona, Ed. Lumen, 1984.
- _____. *Naturaleza y artificio*. Barcelona, Ed. Lumen, 1972.
- _____. *Nuevos mitos, nuevos ritos*. Barcelona, Ed. Lumen, 1973.
- Dufrenne, M. *Phénoménologie de l'expérience esthétique*. 2ª ed. Paris, Presses Universitaires de France, 1967.
- Eco, H. *Apocalípticos e integrados*. Barcelona, Ed. Lumen, 1973.
- _____. *La estructura ausente*. Barcelona, Ed. Lumen, 1984.
- Estrada H., David. *Estética*. Barcelona, Ed. Herder, 1988.
- Freud, Sigmund. "Lo siniestro". En: *Obras completas*. Tomo III. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- Grimaldi, Nicolás. "El arte y el mal". En: *Anuario filosófico*. 20 (2): 9-22, 1987.
- Kierkegaard, Sören. *El concepto de la angustia*. Barcelona, Ed. Orbis, 1988.
- Nietzsche, F. *El origen de la tragedia*. Madrid, Ed. Alianza, 1984.
- Ortiz Ibarz, José María. "La justificación del mal y el nacimiento de la estética. Leibniz y Baumgarten". En: *Anuario filosófico*. 21 (1): 151-157, 1988.
- Schultz, Marganta. "El conflicto como factor estético". En: *Revista de Filosofía*. (Chile) 29-30: 35-44, nov. 1982.
- Yves, Eyot. *Génesis de los fenómenos estéticos*. Barcelona, Ed. Blume, 1980.

Olga C. Estrada Mora
Apdo. 7829-1000
San José, Costa Rica